

La planetización de las comunicaciones es uno de los más grandes acontecimientos de la revolución tecnológica. Si esos medios, como los de producción, quedaran permanentemente en manos de los grandes grupos monopolísticos nos encontraríamos ante un conflicto inexorable: el de la manipulación permanente de la realidad.

Albert Speer, el antiguo ministro de Armamentos de Hitler, ha denunciado, con agudeza autocrítica ese carácter:

«La dictadura de Hitler fue la primera dictadura de un Estado industrial en la edad de la tecnología moderna, una dictadura que empleaba a la perfección los instrumentos de la tecnología para dominar a su propio pueblo... A través de esos instrumentos de tecnología, desde la radio a los sistemas de control público, ochenta millones de personas podían ser transformadas a tenor de los intereses o deseos de una sola persona. El teléfono, el teletipo y la radio hicieron posible la transmisión directa de las órdenes, para su ejecución, desde el más alto al más bajo nivel de autoridad sin ninguna oposición crítica. De esa manera recibieron los oficiales las peores órdenes y del mismo modo se emplearon los instrumentos de la tecnología destinados a mantener la vigilancia sobre los ciudadanos y encaminados al cumplimiento de las operaciones criminales en el grado de mayor secreto... Las dictaduras del pasado necesitaron personas de alta calidad en los más bajos rangos del liderazgo, personas aptas para pensar y obrar con independencia. El sistema autoritario de la edad tecnológica puede pasarse sin esos colaboradores. Los medios de comunicación posibilitan la mecanización del trabajo en los escalones inferiores del liderazgo. El sistema acrítico del receptor de órdenes ha sido, en suma, establecido. Los criminales acontecimientos de esos años no se remiten solamente a la personalidad de Hitler. La extensión de esos crímenes fue debida al hecho de que Hitler fue el primero en emplear los medios tecnológicos para multiplicarlos».

Bueno será indicar, no obstante, que los medios de comunicación de que habla Speer correspondían, todavía, a formas primarias de la tecnología. Una pregunta de enorme alcance sería de este porte: un demagogo del tipo, personalidad y psicología de Hitler ¿resistiría la descarnada, violenta y agresiva desnudez de las cámaras de televisión? Para McLuhan la respuesta es totalmente negativa:

«Hitler —dice— no hubiera po-



TECNOLOGIA Y DICTADURA

«La descolonización de la cultura» es el último título de Enrique Ruíz García, que viene a sumarse a una obra ya amplia y coherente y en la que siempre hemos valorado el rigor intelectual de su discurso claro y, en cierto modo, pedagógico. En estas páginas publicamos algunos fragmentos del capítulo dedicado a «la era de las comunicaciones y la posibilidad crítica», muestras suficientes para nuestros lectores del objetivo que se ha propuesto el autor: realizar un balance crítico de la sociedad capitalista. Cultura y civilización en la lucha por la libertad, la educación como adaptación o como liberación, la violencia social y el crecimiento económico, la miseria de la riqueza... son algunos de los grandes temas que se recogen en este volumen, tercero de la colección «Panorama» de la Biblioteca Universal Planeta, a la que agradecemos la publicación de estos textos.

dido sostenerse nada más que el tiempo de una sola aparición ante la televisión, puesto que, en la televisión, no puede agitarse el puño y apretar los dientes. Es preciso ser «frío», calmo. Se le habría visto una vez y con ello se habría terminado. La radio, al revés, es un medio «caliente». Ha producido los Hitler a gogo y conducido la sociedad al estado de la ebullición».

Según él sería preciso prohibir la radio en los países en desarrollo y establecer la televisión.

McLuhan sostiene, pues, los medios de comunicación «fríos» pero es no menos cierto que de ellos arrancan nuevas formas de dominio, de elusión y desorientación —a otro nivel del empleo y uso de los medios— que ejercen una influencia poderosísima sobre las sociedades. ¿Cómo hacer frente a esos nuevos hechos y de qué forma establecer las bases para convertirlos en un vehículo adecuado para el desarrollo de la autonomía y libertad humanas? El tema es antiguo.

En las paredes de Pompeya se

encontró un dístico subversivo y de eminente y noble criticidad: «Oh, muros, me admira que no os hayáis derrumbado todavía ante la estúpida verborrea que tenéis la desgracia de soportar». La lava asoló la ciudad, pero el dístico, milagrosamente, se perpetuó. La verborrea no era comparable a la verborrea transmitida, como un medio compulsivo y autoritario, a través de los medios de comunicación social de masas. No obstante, y como formas entramadas de una misma preocupación, las palabras de Speer y las del desconocido redactor de Pompeya conducen a una formal preocupación: ¿De qué forma podría establecerse un sistema de criticidad y de participación democrática ante la revolución tecnológica de los medios de comunicación?

Estamos instalados ya, y en un plano de creciente implantación práctica, en una etapa infinitamente más considerable que la que diera ocasión a las reflexiones —tardías o no— de Albert Speer sobre Hitler. Digamos, sin embargo, que estuvo veinte años en la prisión de Spandau para pensarlas, hacerlas, escribirlas.

Por lo pronto —sigamos—, estamos pasando ya de la «generación» de los satélites de transmisión —satélites de potencia limitada cuyas emisiones sólo pueden ser captadas por estaciones especiales— a los satélites de emisión o de radiodifusión directa como los denominan los expertos de las comunicaciones espaciales. Geneviève Delaume, administrador del Departamento Jurídico de ORTF, indicaba las transformaciones de fondo que ello supone. Con estos satélites de gran potencia cualquier particular, con una antena de precio módico, estará en disposición de captar su circuito de transmisiones. «Disponiendo de un sistema compuesto por tres satélites de ese tipo y de una sola estación de emisión podrá llegarse, en principio, al 90 por 100 de la población mundial» (1).

Dentro de unos años esa posibilidad constituirá un factor común. En otras palabras, los satélites de difusión directa —frente a los actuales de punto a punto— instaurarán, en ese campo, la mundialización de las noticias y con ello la estructura de una nueva hegemonía, de una nueva dominación. Aun serenando las palabras y reduciendo las afirmaciones a términos más modestos —la resolución de las Naciones Unidas del 27 de enero de 1967 dispone que «la utilización del espacio estratosférico debe efectuarse conforme al derecho internacional y teniéndose en cuenta la Carta de

(1) L'utilisation de satellites de diffusion directe, Centre National de la Recherche Scientifique. Presses Universitaires de France.

ENRIQUE RUIZ GARCIA

las Naciones Unidas en orden a mantener la paz y la seguridad mundiales y favoreciéndose la cooperación y la comprensión internacional— apenas cabe duda de que el problema de los medios de comunicación social a nivel planetario no puede considerarse aislado de dos movimientos sincrónicos: la **críticidad** y el **establecimiento de un sistema, más allá de lo formalmente jurídico, que modifique el control de los medios planetarios de comunicación por el capitalismo monopolístico.**

La simple conclusión de unos acuerdos sobre zonas de emisión o de difusión no resolvería, ello es evidente, la índole esencial del dilema. Este permanece. La cooperación internacional sobre materiales educativos —al margen de los tratados destinados a salvaguardar los intereses de los Estados como tales frente a la propaganda que grupos o naciones interesadas pudieran efectuar en el interior de sus propias fronteras nacionales— no propone una alternativa real, ya que muchos de aquellos materiales, aunque a un nivel determinado de los conocimientos masificados, sirven a las **tendencias ideológicas o a las necesidades específicas de los monopolios planetarios dominantes.**

La explosiva aceleración de las telecomunicaciones puede reproducir, tanto en el orden de los satélites espaciales como en el de las nuevas fórmulas de «videocassette», el circuito cerrado del monopolio internacional y, en consecuencia, la despersonalización y masificación que el capitalismo imperialista —no la industrialización que es un fenómeno destinado a previsible transformación positiva de las leyes de aproximación del hombre a la Naturaleza o a las cosas— ha determinado ya en otros terrenos. El reajuste de ese enorme y positivo fenómeno de la aceleración sólo podrá obtenerse, repito, por dos medios: por la **críticidad** y por la **socialización de los medios de producción de las comunicaciones. El primer plano replantea la instancia de la educación como educación liberadora —lo contrario de la educación para la General Motors— y el segundo, de excepcional importancia, no supone la estratificación de las comunicaciones bajo el control del Estado, sino de la sociedad organizada críticamente, participante y gestora. Si el hombre ha llegado a las grandes dimensiones supranacionales y tecnológicas —y aquellas y éstas constituyen los eslabones del progreso— nada invita a aceptar, como norma correlativa, que la tiranía o la alienación sean unas respuestas sociales válidas por más que se presenten, mecánicamente, como un resultado del «progreso». Su presencia demuestra, al contrario, la repetición de**

una experiencia anterior: la del monopolio supercapitalista reinstalando, esta vez en el sistema de las comunicaciones, el mismo mecanismo de relaciones que en la producción de mercancías: **la regla del control autoritario —la gestión acrítica— y la regla de la anarquía.**

Las causas de ello quizá tengan su origen en la extrapolación del sistema capitalista a un ideario, al tiempo, dinámico y ciego: **la satisfacción de cada necesidad y el aislamiento de esa necesidad en el cuadro general, es decir, sin integrarla en las necesidades del hombre como tal.** Ese hecho permite, en plazos históricos relativos, el beneficio multiplicado y el control de las formas de disensión social, pero no la inserción de lo crítico en el esquema colectivo. La consecuencia última, como acontece en los demás sectores de la producción, es la anarquía. Más aún: la racionalización y sistematización de la demanda anárquica. Las necesidades cumplidas, pero aisladas, posibilitan, en su plenitud, la incoherencia, pero también los fenómenos de desarticulación y dominación que de ella se desprenden.

La revolución tecnológica de las comunicaciones al servicio del hombre y no del sistema capitalista

En 1968 un país industrial como Francia contaba con 2.530 dólares de producto nacional bruto por habitante —**Estudios Económicos de l'OCDE, marzo 1970**— y poseía 18,5 televisores por cada 100 habitantes (2). Sin embargo, al final de 1967 una encuesta nacional demostraba: a) que el 36,7 por 100 de los adultos declaraban que no leían nunca un libro; b) que el 23,3 por 100 no habían leído uno desde hacía un mes. «El presupuesto de Asuntos Culturales —no el de educación, bien entendido— es inferior al 0,50 por 100 del presupuesto nacional. Las posibilidades del hijo de un obrero o de un campesino de acabar sus estudios secundarios son ínfimas y la de hacer estudios superiores, francamente irrisorias. La cultura continúa siendo un privilegio. Su pro-

(2) N. del a.: 24,8, en la República Federal Alemana; 13,4, en Austria en 1967; 18,5, en Bélgica-Luxemburgo en 1967; 28,4, en Dinamarca en 1967; 9, en España en 1968; 39,2, en los Estados Unidos en 1967; 14,4, en Italia en 1967; 20,6, en el Japón en 1968; 20, en Holanda; 28, en Inglaterra en 1968; 28,9, en Suecia en 1967; 16,4, en Suiza en 1968; 11,1, en Irlanda en 1966; 12, en Islandia en 1967. Datos del Observatoire de l'OCDE, núm. 44, febrero 1970.

ducción y su reproducción permanecen sometidas a unas condiciones que la convierten, con su lenguaje cifrado, en dominio reservado y herencia privada de la clase dirigente... Y, ¿en cuanto a las masas? Se pide de ellas, solamente, que sean telespectadoras» (3). El caso francés es, pese a todo, el de otras sociedades industriales con mayor o menor intensidad. Su riqueza y su miseria ejemplifican, en términos sociales, es decir, de elección óptima frente a elección rentable, la significación de los hechos frente a los propósitos de equiparación objetiva.

Diríase que los Estados Unidos presentan no ya el espectro de la sociedad industrial en transición, sino los engranajes, supuestos, tendencias y categorías de la sociedad tecnocrática. Pero con tal de no hacer frente al problema desde datos que planteen la ascendente crisis de las nuevas clases, los sociólogos del conformismo estadounidense se aventuran en análisis contradictorios. ¿Cuál era, por ejemplo, el origen del viejo optimismo americano y, en consecuencia, del pesimismo crítico contemporáneo? Pesimismo que acaece, al contrario que en Francia y en otros países industriales, cuando el 45 por 100 del grupo poblacional en edad de hacerle, tiene acceso —cifra enorme— a la enseñanza superior. El optimismo, no obstante, se ha volatilizado en gran parte. ¿Por qué? «La espontaneidad producía un optimismo casi automático respecto al futuro, en orden al milagro norteamericano, acerca de la justicia y de la felicidad universal... Aquella espontaneidad era sinónimo de fe en la bondad inherente a la dinámica socio-económica de los Estados Unidos pensándose que, al progresar y enriquecerse el país, se resolvían tanto los problemas antiguos como los nuevos», dirá, como contestación, Brzezinski.

La «espontaneidad» podría ser traducida, en realidad, como representación de la capacidad de adaptación de los trabajadores, en su conjunto, a las variables y necesidades del aparato económico. El trabajador esclavo —de baja rentabilidad y productividad— no era ya un ideal. El trabajador libre, al contrario, se distribuye en un mercado amplio y se corresponde con éste. Una mejor participación en los beneficios le hacía prever, mediante el ejercicio de la libertad de contratación, que los mecanismos económicos se transformaban en profundidad aunque, evidentemente, no era así. La espontaneidad de la Revolución Industrial resultaba ser, en síntesis, una adaptación y una alienación. El poder real desapa-

(3) Claude Roy, *Le Nouvel Observateur*, lunes, 24-I-1972.

recería de las personas, pero se concentraría en las tecnoestructuras. El capitalismo, despersonalizándose en cuanto a los poseedores concretos, se **traspersonaliza en cuanto a la clase «managerial» que determinará las metas.** Por otro lado, la aceleración tecnológica, el tránsito de la sociedad industrial, a la posindustrial —tecnocrática— supone una mutación psicológica, casi un traumatismo: la concentración de los medios de producción se hace planetaria; los accionistas, dispersos en relación al poder tecnoestructural, quedan sin intervención. La fase anterior —de un falso optimismo— deja paso a la etapa tecnocrática.

En esas condiciones se hacía imprescindible la formulación de un nuevo pensamiento de adaptación. Los medios de comunicación han sido asignados al cumplimiento de la finalidad de ajuste y de adaptación, es decir, de aceptación. El poder monopolístico considera que ajuste, adaptación y aceptación son indispensables para la optimización del desarrollo capitalista o, en otras palabras, que la organización tecnocrática es un fin en sí; que no hay otro y, en síntesis, que la civilización —utilidades, instituciones y valores— no pueda contemplarse desde otras categorías que las derivadas del consumo. Toda limitación, toda interpretación —en esa estructura progresivamente rígida— es un fenómeno revolucionario, todo impulso dialéctico, en fin, una subversión.

Los medios de comunicación tecnológica han sido insertos en ese proceso de la irracionalidad aparentemente lógica. Como toda actitud crítica implica, en principio, una limitación de la irracionalidad, los mecanismos autodefensivos del sistema despliegan una actividad creciente en orden al convencimiento. Publicidad y propaganda no son, como lo eran antes, posibilidades de una opción que no siempre era idéntica. Ahora tienden a funcionar sincrónicamente porque es preciso acelerar la moral de la aceptación respecto a los nuevos productos y las nuevas ofertas. Aunque, desde el punto de vista de las imágenes, pareciera que la multiplicidad —o la pluralidad— constituyen, todavía, variantes considerables en las alternativas, la realidad es que **las variantes son iguales** y el engranaje autoritario se hace, por inercia, más represivo.

Lo que Brzezinski llamaba espontaneidad —en el proceso industrial— merecía entenderse, además, en una perspectiva más amplia. El acto vinculante de la espontaneidad y el optimismo —lo que de forma inconsciente hace— reflejaría mejor su ideación. El mecanismo del desarrollo capitalista requería, como condi-

ción inexcusable, la eliminación de las limitaciones. Esto era patente en el orden sindical, político y cultural. El mercado, en simples palabras, necesitaba la explosión de las eficiencias competitivas. Lo que Ortega llama, en orden a la lingüística, «el choque fecundo del decir con el hablar». Pero quien decía la última palabra, en ese caso concreto, era quien había acumulado capitales —o saberes— y controlaba, a su vez, los medios de producción. El optimismo, en la fase de desarrollo rápido, se comprendía. Se dominaba la naturaleza —García Bacca, esa mente poderosa en el campo de la filosofía española infortunadamente desoido y alejado de España desde hace muchos años, ha recordado que los griegos entendían por *physis*, por naturaleza, a lo viviente o, cuando menos, con sus palabras, «a la realidad espontánea, a la realidad animada»— y se precisaban, desde ese observatorio, nuevas categorías de progreso. Pero, en su esencia, la moral instintiva predominó. El resultado final no está determinado sólo por el pesimismo —pasivo, desearía la tecnocracia—, sino por un hecho mayor: por la crisis de la teoría del mercado libre en el cuadro de las confrontaciones libres —verdadero arranque inicial del optimismo—, crisis ejemplificada ya, en la etapa posindustrial y monopolística, por una ley que Galbraith ha definido claramente: por la necesidad —originada en la autonomía tecnológica y financiera de las grandes corporaciones— de adaptar el mercado a la producción y no al revés. Ello conduce a un acondicionamiento constante, autoritario, del consumidor. Acondicionamiento en el que juegan, como antes se dijo, un papel confluente la publicidad y los medios de comunicación social de masas. El sistema homologa los intereses. La cultura se coloniza. El otro, sin identificación ni autonomía, pasa a ser el consumidor.

Pero el acondicionamiento, asegura Galbraith, aun manejándose esos poderosos medios de compulsión psicológica, no sería suficiente. Por ello mismo, esas grandes empresas multinacionales tienen soluciones fuera del mercado. «En particular —dice Galbraith— las derivadas de la hipertrofia del armamentismo y de la exploración espacial». Estamos, pues, ante una inversión de las relaciones entre producción y mercado, inversión que, seguramente, posibilita o abre caminos teóricos del más variado signo. Una ideación, no obstante, se impone: los valores están transmutados, pero en su sentido más negativo, es decir, invertidos a tenor de las necesidades de los grupos monopolísticos dominantes. ■ E. R. G.

UN 15 POR 100 DE APROXIMACION

Falsas o tendenciosas, ¿son las estadísticas el arma secreta de los Gobiernos?

Todo el mundo cree en las estadísticas menos los estadísticos. Por lo menos, algunos de éstos: Oscar Morgenstern, por ejemplo. En toda discusión política, social, económica o incluso científica, una de las dos partes pone en aprietos a su adversario esgrimiendo una estadística o un gráfico. Se suele olvidar que la estadística es un método de cálculo que dista bastante de ser perfecto. Y que la economía no es una ciencia exacta.

Uno de los primeros en haberlo constatado con precisión es un economista americano de origen alemán, Oscar Morgenstern, en una obra fundamental, *On the accuracy of economy observations*, publicada en 1950.

Oscar Morgenstern, que si bien no tiene aún el premio Nobel de economía podría recibir muy pronto dicho galardón, es conocido sobre todo como inventor, con el matemático Von Neumann, de la teoría de los juegos, que ha revolucionado la reflexión económica.

Su libro ha permitido restituir a sus justas proporciones los resultados del método estadístico. Según Morgenstern, todo dato económico contiene un error (por exceso o por defecto) de un 15 por 100. Otros economistas hablan de un mínimo del 20 por 100. Con lo cual se pone en tela de juicio todo el trabajo llevado a cabo por los especialistas de la estadística y se reduce considerablemente el impacto psicológico de los gráficos que a veces esgrimen los estadistas en sus conferencias de prensa.

En apoyo de estos trabajos, Morgenstern cita numerosos ejemplos, todos ellos desconcertantes. En Bulgaria, según el censo de 1 de enero de 1910, había 527.311 cerdos. Diez años después, el 1 de enero de 1920, se contaron 1.089.699. En buena lógica podríamos deducir de todo ello que la cría del cerdo registró entonces un rápido desarrollo. Sin embargo, la explicación es muy distinta: según una vieja tradición del país, la mitad de los cerdos es sacrificada antes de Navidad. Ahora bien, después de la primera guerra mundial el país adoptó el nuevo calendario gregoriano en sustitución del juliano, aunque se siguieron celebrando las fiestas religiosas al modo antiguo con cierto adelanto respecto del calendario anterior. De hecho, el 1 de enero de 1910 caía después de Navidad, mientras que el 1 de enero de 1920 se situaba antes de esta fiesta, por lo que los animales, aunque condenados, seguían aún vivos. El error no fue advertido hasta 1935.

En el censo de la población norteamericana llevado a cabo en 1950 se pudo comprobar que se habían «olvidado» más de cinco millones de personas y dos millones de casas: el equivalente

de una ciudad como Chicago. También se llegó a la extraña conclusión de que el número de maridos que vivían con sus esposas bajo un mismo techo era diferente del número de esposas que vivían con sus maridos en idénticas circunstancias.

Los errores estadísticos se producen a diferentes niveles: cosecha de datos, integridad de los observadores, competencia de los encuestadores, buen planteamiento de los cuestionarios.

En el caso de un país como los Estados Unidos, si tomamos como base un producto nacional bruto de un billón de dólares, un error (por exceso o defecto) de un 15 por 100 representa 150.000 millones de dólares, es decir, el producto nacional bruto de la República Federal Alemana en 1969.

No obstante, como muy bien subraya Morgenstern, la principal dificultad radica en la «mentira deliberada». Las sociedades particulares, por ejemplo, que por razones fiscales o de estrategia comercial falsean los datos referentes a los «stocks», los beneficios, la capacidad real de la empresa. Ciertos servicios, esencialmente secretos, como la CIA no se tienen en cuenta. Otros se cuentan repetidas veces.

Cuando se lanzó el Plan Marshall, una importante personalidad europea le dijo a Morgenstern: «Facilitaremos cualquier estadística que nos ayude a conseguir de los Estados Unidos tanto dinero como sea posible; fabricaremos aquellas estadísticas que sean necesarias para justificar nuestras exigencias...».

Y esto es lo que hicieron las sociedades petrolíferas internacionales durante la crisis de 1971, cuando afirmaron que sus beneficios iban a menguar considerablemente con respecto a años anteriores. En realidad, los beneficios realizados en 1971 batieron todos los records.

«Hace algunos años, en Alemania —escribe Morgenstern—, un órgano consultivo del Gobierno, especie de consejo económico, trató de publicar estadísticas acompañadas del margen de error en la medida en que éste podía calcularse. El Gobierno decidió prohibir tan indecente exhibición de datos». En los países del Este, ciertos datos relativos al comercio exterior son considerados como secretos de Estado, y su divulgación puede ser castigada con la máxima pena.

No debe, pues, sorprendernos el que las previsiones económicas sean casi siempre falsas. Para Morgenstern: «Absolutamente todo puede demostrarse mediante estadísticas. Estas no son sino una versión más elaborada de la mentira». ■ ABDELGHANI MAHENNI.